

***El lenguaje político de la Regeneración en Colombia y México* María del Pilar Melgarejo Acosta. Editorial Javeriana. Bogotá, 2010**

Recibido: 6 de septiembre de 2011. Aprobado: 10 de octubre de 2011

El libro *El lenguaje político de la Regeneración en Colombia y México* traza los puentes discursivos entre los gobiernos de ambos países en la segunda mitad del siglo XIX. Se ocupa en general de gobiernos conservadores en el primer país y de liberales, en el segundo. Este vínculo, como lo indica el título de la obra, se establece a través de la expresión “lenguaje político de la Regeneración”. Los méritos del análisis de esta forma de lenguaje pueden verse claramente en la manera en que el libro pone al descubierto las limitaciones de algunas tesis en las disciplinas académicas de la historia y la crítica literaria. En primer lugar, el libro de Melgarejo hace una revisión de la convención historiográfica que a priori enfrenta a liberales y conservadores. Para ello, se dirige a las condiciones discursivas de estas posiciones políticas antagónicas a partir de la noción ‘regeneración’, entendida como “dar ‘nueva vida’ a las poblaciones heterogéneas para fortalecer el proyecto de construcción de una totalidad coherente” (15). Esa nueva totalidad es la de una nación capaz de insertarse en las dinámicas del capitalismo mundial.

En la medida en que la investigación relaciona lenguaje, política y poder, las fuentes que usa provienen de la literatura y el discurso político. Esta elección se apoya en que, a lo largo del siglo XIX, buena parte de la producción en ambas esferas se encuentra asociada al proyecto de construcción de la nación, según lo han dicho ya Ángel Rama, Julio Ramos o Beatriz González, autores que el libro reconoce como antecedentes necesarios; y en sus nombres representa no solo las líneas gruesas sobre las cuales la crítica literaria se ha ocupado del siglo XIX latinoamericano,

sino los límites de estos análisis. Así, mientras que en la discusión con la historiografía Melgarejo establece una continuidad discursiva entre dos proyectos políticos antagónicos, en la disputa con los estudios literarios realiza un fructífero “giro crítico”.

Este giro es metodológico y se opone a las tesis *irradiacionistas* abiertas por los análisis de la ciudad letrada de Ángel Rama, es decir, se opone a la comprensión del poder como una serie de tentáculos que desde un centro que se desenvuelven jerárquica, unívoca y represivamente. Esta estrategia analítica ofrece una serie de ventajas en diversos niveles. En primer lugar, respecto de la comprensión de proyectos teóricos foráneos, sirve como reacción a una lectura inadecuada del ejercicio del poder en Michel Foucault. El libro de Melgarejo muestra que las tesis irradiacionistas que pretenden apoyarse en Foucault conciben el papel de la literatura en la formación de las naciones latinoamericanas a partir de la hipótesis represiva del poder a la que este autor se opuso con su comprensión relacional del mismo. En segundo lugar, con el análisis del lenguaje de la regeneración, el libro muestra que lo que para Rama eran contradicciones —la emergencia de proyectos políticos homogenizantes en medio de realidades fragmentadas— no son más que formas constitutivas del lenguaje de la Regeneración y de los efectos que produjo sobre la población.

Por último, quisiera destacar particularmente la construcción de la categoría “abandono”. A partir de Foucault y Agamben, Melgarejo muestra cómo los excluidos de la ciudad letrada no son el efecto del lenguaje de la Regeneración, sino su condición de posibilidad. En otras palabras, con la categoría “abandono” supera la idea de un lenguaje político que se enfrenta a la disyuntiva incluir/excluir y muestra que ese lenguaje puede ser inclusivo —como de hecho lo fue el de la Regeneración—, solo si se levanta sobre la exclusión.

Dos ejemplos de esta exclusión fundadora son aclaradores: Andrés Bello y José Asunción Silva. Estas figuras contrapuestas logran definir los efectos del campo discursivo del lenguaje de la Regeneración. Así, en su *Gramática castellana*, Bello reserva las notas al pie de página como el lugar donde, en palabras que Melgarejo cita de Bello, “llamo la atención a ciertas prácticas viciosas del habla popular de los americanos, para que se las conozcan y eviten” (57).

Mientras que Silva, en un fragmento de *De sobremesa*, muestra cómo José Fernández y Andrade, protagonista de la novela, lee un proyecto político de “salvación nacional” escrito en la clave del lenguaje regenerador, que concibió de repente durante su estadía en Europa, este repentino ejercicio literario es considerado por el mismo Fernández como el resultado de un momento de locura. Al señalarse a sí mismo como loco, el protagonista se pone del otro lado de los regeneradores: se presenta como un cuerpo degenerado que debe “dejarse morir”, como en su proyecto político él mismo lo había sugerido con una parte de la heterogénea y “peligrosa” población nacional. Al respecto dice Melgarejo:

A través de Fernández, Silva deja constancia [...] de cómo los ideales, tanto del gobierno liberal como del gobierno conservador, se amalgaman, los dos igualmente guiados por un lenguaje político que caracterizó la última mitad del siglo XIX, y que estaba preocupado —con mayor o menor énfasis según el gobierno— por producir cuerpos útiles y almas virtuosas (107).

El lenguaje de la Regeneración no solo no incluía a quienes no se adaptaban a este modelo de cuerpo, sino que, de ser necesario, los conduciría a la muerte. Dejar morir los cuerpos degenerados, poner el “castellano corrupto” de los americanos fuera del cuerpo del texto, en los pie de página, no son el mero resultado de una exclusión/inclusión, sino que dejan ver la forma del abandono sobre el que se legitima la solicitud de regenerar a la población americana.

En otras palabras, el lenguaje de la Regeneración, a partir del señalamiento de la vida degenerada de algunos nativos, indica la necesidad dar nueva vida, de incluir a las naciones americanas en los valores de la vida moderna. Sin embargo, no se trata de una simple conversión de los “degenerados”, sino del reconocimiento de un margen de la población que no puede salvarse, y que por ello mismo se debe dejar sucumbir. El análisis que Melgarejo hace de la novela *El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-1893* de Ignacio Altamirano deja muy claro quiénes son, para Altamirano, los que no pueden regenerarse, cómo deben eliminarse, quiénes participan en esa eliminación y el medio a través del cual se realiza.

Este medio es el *estado de excepción*, la puesta en paréntesis de la legalidad para fundar el orden, en este caso, para acabar con lo que se reconoce

como una plaga (bandidos e indígenas). Esta tarea, en la novela, la llevan a cabo tres personajes que se encuentran fuera de la legalidad, tres *figuras de excepción*: el bandido que está en contra del orden establecido, el soberano que ha dictado el estado de excepción y el justiciero, un mercenario a quien el presidente de la República asigna la tarea de traer el orden, es decir, de eliminar a aquellos que no tienen remedio. Junto a esta política de abandono, se mantiene la política de irradiación, pues se requiere tanto de educación como de inmigración extranjera para sellar el orden. “La nación debe ser irrigada con nueva sangre, nueva vida. Regenerar social, cultural y biológicamente para abandonar al indio y producir al obrero” (172).

Como Silva, pero con ambigüedades, Altamirano critica las conductas de su gobierno operando con el lenguaje de la Regeneración, y así, a contraluz, deja ver las complejidades del relato de construcción nacional a través de la excepcionalidad que Agamben señala como constitutiva del discurso político moderno. Los ejemplos literarios presentados en el libro se resisten en algún grado al lenguaje de la regeneración, pero usándolo. Mientras que buena parte de la intelectualidad americana y sus políticos se vincularán al proyecto nacional, de un lado, irradiando el progreso desde la educación y la migración extranjera para aquellas partes de la población que puedan regenerarse, y, de otro lado, abandonando al pueblo “prescindible” que o no tiene las condiciones morales, o, como los nativos americanos, que no tiene las condiciones biológicas para constituirse como cuerpo productivo.

Este agudo análisis del lenguaje de la Regeneración que predominó en Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XIX podría sintetizarse afirmando que, si la lectura política que propone Melgarejo de las novelas de Silva y Altamirano renueva no solo la comprensión de sus obras, sino la manera en que se entiende la formación del relato nacional, historiográficamente, el análisis de Melgarejo permite ver cómo el proyecto político, más allá de las discusiones partidistas, consistió en la búsqueda de la inserción de la población americana, aún a costa de su propia sangre, en la forma de vida de la clase obrera.

Para terminar —y con ánimo de abrir la discusión—, quisiera señalar algunas de las debilidades del libro de Melgarejo. Me parece que, por lo menos para el caso colombiano, hay mucha literatura reciente que pudo ayudar a fortalecer o matizar algunas tesis del libro; creo, igualmente, que

si bien la construcción propuesta en el libro es consistente y muy productiva, le aportaría más contundencia una justificación de las fuentes que usa y una indicación de la forma en que opera el lenguaje regenerador en un espectro más amplio de la literatura y la política —por lo menos para el caso colombiano, pues algo se avanza en ello para México.

Sumado a lo anterior, creo que el uso de la noción ‘biopolítica’ va en detrimento de la investigación, no por su incorrección, sino porque parece no ser muy útil en el texto. Aunque ciertos conceptos con que trabaja Melgarejo tienen un aire de familia con algunas de las formas en que Foucault presenta el término, sospecho que de todas formas no harían falta para sostener las afirmaciones del libro. Además, en las partes en que podría o debería desarrollarse la noción, solo se hace soterradamente con el uso de expresiones como población o la definición de ‘regeneración’, y cuando Melgarejo usa explícitamente la palabra biopolítica no la desarrolla con el cuidado con que lo hace, por ejemplo, con nociones como ‘figuras de excepción’ o ‘abandono’.

Para terminar, quiero, además de recordar las ventajas analíticas que ofrece la alternativa metodológica de Melgarejo, invitar a la autora y a los lectores de su libro a que se pregunten qué hubiera pasado si se suprimen las nociones ‘liberal’ y ‘conservador’ en las explicaciones del libro. Lo digo porque desde el comienzo Melgarejo propone la noción ‘lenguaje político de la Regeneración’ para ir más lejos del relato de construcción nacional que se ha naturalizado en Latinoamérica, con el fin mostrar otras alternativas de lectura de los escritos y la política producidos en estos países durante el siglo XIX. Claro que, en sentido estricto, la investigación de Melgarejo avanza en esa dirección al establecer un tipo de relaciones saber-poder basadas en el abandono. La pregunta por el lenguaje político de la regeneración mostró los estrechos límites de las explicaciones partidistas; ahora nuestra tarea es la de darles su lugar, limitarlas a su propio espacio operativo y seguir construyendo, como Pilar Melgarejo lo ha hecho, un nuevo vocabulario para pensar el pasado de la literatura, la administración pública e incluso la política latinoamericana desde los tiempos de la República.

Carlos Arturo López Jiménez
Instituto Pensar
Pontificia Universidad Javeriana